COMEDIA SIN FAMA.

5

LA GRAN VICTORIA DE ESPAÑA

EN LOS CAMPOS DE VITORIA.

SU AUTOR

DON *ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR.*

Siendo por mano fiel, comedia, escrita,
nada obstará te trate mal alguna
que no lo sea, porque tu fortuna
hoy florece, y la suya se marchita.
Valde-Laras: La L. t. 8.

MADRID MDCCCXIV.
IMPRENTA DE VEGA Y COMPAÑIA, CALLE DE CAPELLANES.
CON LICENCIA.

ACTORES.

Lord Wellington, Generalísimo de los exércitos aliados.
El General Longa.
El General Morillo.
El Rey José.
El General Gazán.
El General Laval.

Don Cristobal Claderas	Españoles afrancesados.
Satini, Comisario de Policía.	
Don Juan Quevedo, Comandante de Cívica . . .	

Don Lucas, célebre Abogado de Vitoria, que perdió el juicio.

Doña Rita y	*que siguen á los franceses como sus acérrimas apasionadas.*
Doña Gerónima	

Un Ayudante mayor, Edecan del Rey.
Otro del Lord.
El Sargento Lagarto.
Mari-Zampalos, Vizcayna revendedora.
Narcisa, jóven muy instruida, hija de Madrid y exîstente en Vitoria al cargo de Zampalos, muy amante de su Patria y Rey.
Fermina, Gasparela, Benita y Blasa, revendedoras.
Langosta y Camarmas, jornaleros.
Oficiales franceses de varias graduaciones.
Idem Ingleses, Españoles y Portugueses.
Paisanos de Vitoria.
Carlin, Tambor.

La Escena se representa en la plaza de la Ciudad y sus inmediaciones.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO TOMAS DE LONGA, ANCHIA Y URQUIZA, Brigadier de los Reales exércitos, Coronel del Regimiento de Husares de Iberia, y Comandante general de la sexta division del quarto Exército.

Señor y Dueño mio. El Grande Alexandro decia: „Mis triunfos continuados producen tres admirables efectos. Primero, se nos rinden sin verter sangre las Naciones inmediatas. Segundo, llevan y propagan el terror á las distantes. Tercero, y no solo eternizarán mi nombre y los de mis valerosos Capitanes, sino igualmente los de los escritores de nuestra historia.„

Lo mismo puede decir V. S. y con mas razon, porque aquel Héroe vencia á los que no sabian vencer, y V. S. ha vencido muchas veces en nuestra gloriosa revolucion á una Nacion enseñada á vencer las mas famosas de Europa.

Tomó V. S. las armas voluntariamente por un efecto de su fidelidad á nuestro amadísimo Rey el Señor Don Fernando VII. y amor á la madre Patria. Para esto abandonó las comodidades de su casa, la comunicacion de sus mas cercanos parientes, el trato de sus amigos, sus diversiones, tranquilidad y sosiego: y ofreció en el Templo de Marte verter toda su sangre y vender caro su último aliento en la justa defensa de los dos sagrados objetos expresados, que pusieron las armas en sus manos. Esta promesa la acreditó tan intrepida y valerosamente como lo manifestaron las reiteradas y gloriosas acciones que tuvo con los Franceses; las que le adquirieron tanta fama que los enemigos se intimidaron, y el pequeño número de la tropa de V. S. fué notablemente aumentado, y por los principales Xefes favorecido.

Obró prodigios de valor el espiritu marcial de V. S. mandando su ya numerosa y brillante partida, y los repetidos y asombrosos triunfos que alcanzaba de nuestros feroces enemigos, hacian cada vez mas admirable su nombre, mas celebrados sus conocimientos militares, y mas famoso su espiritu, y mas benéficas y relebantes para la Patria las influencias que repartian en ella sus victorias, pues entorpecian los inmensos daños que sin estas ventajas recibia de los tiranos, pues desaparecian huyendo del suelo donde V. S. conseguia aquellas; y en él era reputado y bendecido como su Numen tutelar.

El gran Lord Wellington, el Héroe Inglès, que ha dado tanta gloria á su Patria como beneficios á la nuestra, me consta que en sus conversaciones familiares celebraba con entusiasmo las gloriosas acciones

de V. S. y le comparaba con Cesar en la tranquilidad de su espíritu, grandeza de su valor, fortaleza de su brazo, y bella disposicion de su táctica en las mas arriesgadas batallas.

A estas admirables excelencias de que está adornado el magnánimo corazon de V. S. acompañan las personales con que le adornó la naturaleza; y uniéndose á estas las que ofrecen las virtudes morales, le constituyen y presentan como un Héroe acreedor á ocupar un lugar distinguido en los fastos de la prodigiosa historia de nuestra felicisima revolucion.

Brillan en V. S. la prudencia, la generosidad, un trato familiar amable, todos los sentimientos de la humanidad sin tasa, y todos los signos de la fidelidad al Rey y Patria, sin término. Y habiendo tenido tanta parte en la gran Victoria que refiere la comedia que sigue y voy á dar al público, que es la 102 que produxe, y se representaron con aplauso en nuestros teatros, ¿á quién podria ofrecerla, para con mejor Mecénas honrarla que á V. S.? La razon lo dicta así, la gloria de V. S. lo aprueba, y su Autor con semejante eleccion se honra. Solo falta que V. S. se digne de admitir este pequeño obsequio, no como tributo, sino como deuda que adquirieron en su favor en la batalla de Vitoria, el valor, constancia y desprecio de la muerte que mostró V. S. en un triunfo tan glorioso que aseguró la libertad de la Patria, y fué el sepulcro de todos los del opresor de Europa.

Agregueme V. S. al crecidísimo número de sus admiradores, dispenseme sus preceptos para hacerme feliz, exercitando en su observancia mi obediencia, mientras ruego á nuestro Señor guarde á V. S. los muchos años que le desea

El mas afectísimo y atento servidor de V. S.
Q. S. M. B.

Antonio Valladares
de Sotomayor.

Hoy 20 de Agosto de 1814.

ACTO PRIMERO.

El teatro representará la gran plaza de Vitoria, al frente la fachada de la Casa Consistorial, con puertas transitables abiertas y balcon grande encima. A la derecha café, cuyas puertas estarán abiertas. En la plaza se hallarán repartidas con órden varias verduleras; entre ellas Mari-Zámpalos, Fermina, Gasparela, Benita y Blasa. Al lado de Zámpalos estará Narcisa en pie y con mantilla, suponiendo que acaba de llegar. con el desayuno que estará tomando aquella. A la puerta del café estarán Satini, Quevedo y otros en peloton, que se suponen afrancesados, y entre ellos algunos con cruces al pecho, y todos entusiasmados de alegría por lo que explican sus razonamientos. Los mozos del café administrarán licores en los vasos que aquellos tendrán en sus manos.

ESCENA PRIMERA.

Todos los dichos.

Unos. Viva Francia.
Otros. El Rey José primero viva.
Satini. Bebed todos que Satini paga. Repetid mis voces, y haced lo que yo execute. Viva la Francia y su Emperador el Gran Napoleon, de quien tiembla el Universo.
Bebe y tira el vaso.
Todos. Viva la Francia &c.
Repiten y hacen lo mismo.
Satini. Mas vasos y mas licores.
Los mozos lo hacen y vuelven.
Quevedo. Echa sin miedo
Satini. Brindo por el Rey José primero.
Todos. Viva el Rey José, viva.
Mari-Zampalos. Muchachas, ¿no ois y veis la zambra que anda en el café?
Gasparela. Será muy sorda y tendrá muchas nuves y granizos en los ojos quien no lo oyese y mirase.
Narcisa. Sra. Mari-Zampalos, ¿quiere usted que vaya á saber la causa de tanto alboroto?
Mari-Zampalos. ¿Que vayas tú, y yo me quede sin verlo siendo la madre de la curiosidad? Vamos juntas, y mas que se enfrie el desayuno, y la hacienda se la lleve el diablo. Gasparela, cuida de mi puesto que pronto volveré.
Gasparela. Toma: pues si voy yo tambien. *Levantándose.*
Benita. Y yo contigo.
Bla. Pues yo os acompaño. *Lo mismo.*
Fermina. Vayan ustedes que yo cuidaré de todo. (*Se dirigen al café.*) Mientras ellas satisfacen su curiosidad, yo haré mi negocio: vendrán sus parroquianos, no hallan quien los despache, salgo de mis géneros, y ellas pierden la utilidad del dia. Me alegro.

Han llegado á la puerta del café al mismo tiempo que las verduleras Doña Rita y Doña Gerónima acompañadas de Claderas. Satini, Quevedo y otros se adelantan á recibirlas en la calle con demostraciones obsequiosas, y las conducen á la puerta del café: los mozos las sirven vasos y licores; Satini llena el de Claderas y el suyo, beben y continua el jubiloso alboroto. Las verduleras quedarán inmediatas observándolo todo.

ESCENA SEGUNDA.

Los dichos, y despues Langosta y Camaimas en cuerpo, y con su palo cada uno.

Satini. ¡Señoritas? ¿Señor D. Cristobal? ¿en qué bella ocasion pasan ustedes por aquí?
Claderas. ¿Pues qué hay de nuevo?
Quevedo. Celebrar la próxîma felicidad que esperamos.

Doña Rita. ¿La victoria de nuestras armas? (*Con mucho interés.*)

Satini. La victoria, que la tenemos segura.

Doña Gerónima. ¡Dios lo permita! ¡viviré cien años mas!

Doña Rita. Y yo tendria mil cuidados menos.

Satini. Vamos, vamos á brindar por quien pone la ley en Europa.

Quevedo. Y la pondrá en todo el Universo.

Satini. Bebamos y vayan los vasos al ayre (*Lo hacen.*)

Unos. Viva José primero.

Otros. El Gran Napoleon viva.

Satini. Y los que somos dichosos siguiendo su partido.

Todos. Vivan, vivan.

Camarmas. Tia Mari-Zámpulas, ¿por qué es esta bulla?

Mari-Zampalos. Nos han dicho que hoy cumple años el Emperador de los Franceses.

Langosta. ¿Qué? no hay nada de eso. Esta funcion diz que es porque sacasao tercera vez, repodiando á la Empedratriz segunda.

Camarmas. Y se casará treinta veces como un gran Señor.

Mari-Zampalos. ¿Y con quién sacasao?

Langosta. Con la hija de un Sargento embálido, porque parece que él lo es ya también.

Benita. Yo no creo queso sea verdá.

Narcisa. Pronto lo sabrémos.

Blasa. ¿Cómo lo mos de saber?

Narcisa. Preguntándolo yo á quien no lo ignore. Aquí volveré pronto. No me pierdan ustedes de vista. (*Parte, y llega al café.*)

Satini. Siga la broma.

Quevedo. Siga; que el que hoy no se vuelve loco tiene poco juicio.

Satini. Rosita, Gerónima, Sr. Claderas, bebed y alegrarse que este es el dia mas feliz para España y para Francia.

Quevedo. Para España porque será regida por una mano maestra en el arte de reynar; y para nosotros porque hemos seguido el camino de la derecha; pero trágico, amargo y funesto para los que se mantuvieron en el de la izquierda que conduce al precipicio.

Doña Rita. Que rabien que harto nos han hecho padecer.

Satini. Eso acabó ya. Las grandes medidas que tienen tomadas nuestros sabios Generales Gazán y Laval para que obre el exército de cerca de 80∂ combatientes que tenemos, tan aguerridos, que sin temeridad puede decirse que componen la legion fulminante, tienen asegurada la victoria.

Quevedo. El Lord Wellington, sus Ingleses, los Españoles y Portugueses, serán muertos ó prisioneros.

Doña Rita. ¡Ojalá que se acredite para que de una vez seamos dichosas!

Narcisa á Claderas. Caballero, dígnese Vmd. de decirme á qué Santo se celebra esta funcion.

Satini. Al gran Napoleon.

Narcisa. Pues que ¿le han canonizado en vida?

Satini. A los héroes los canonizan sus triunfos gloriosos; y el que hoy conseguirán las armas francesas sobre las aliadas, merecen anticipadas celebridades.

Narcisa con sumo regocijo. Agradezco á Vmd. mas que lo que puedo expresar tan agradable noticia. ¿Quántas satisfacciones me produce?

Satini. ¿Ola? Con que, preciosa niña, tu corazoncito es frances legítimo, como los nuestros?

Claderas. Su júbilo lo manifiesta claramente.

Narcisa con soflama. ¡Qué disparate! Ustedes se han engañado enteramente.

Satini. Pues ¿de qué procedió tu notable alegría al oir la respuesta que te di?

Narcisa. De la misma respuesta. Usted dixo que hoy conseguirán las armas francesas un gran triunfo sobre las aliadas.

Claderas. Es verdad; pero ¿cómo entiendes tú esas expresiones?

Narcisa. Como deben entenderse. Aseguran que *conseguirán*, y esto aun no se ha visto.

Satini. Pues dalo por seguro y acertarás.

Narcisa. Jamas tuve por fáciles los imposibles.

Satini. ¿Esas me tienes? Si estuvieras en Madrid ya estabas en un calabozo por esa sacrílega proposicion. Y aun aquí estoy por hacerlo.

Narcisa. ¿Y cómo quedaría usted en este empeño? ¿Quién puede asegurar con la firmeza que usted, las consecuencias de una gran batalla que debe darse con el mayor ardor por una y otra parte? Pero ¿quién lo asegura, pregunto? Usted, que es uno de aquellos que solo han visto las batallas en los tapices, y las armadas en el gran rio Manzanares, que es el Occéano que baña á Madrid, mi amada Patria.

Claderas. ¿Con que eres de Madrid?

Narcisa. Para servir á usted, é hija de un hombre constituido en dignidad, mas sublíme que las de ustedes, en los reynados de los Señores Reyes Don Carlos IV y Don Fernando VII; y que á los ocho años de mi edad, en la que ya sabia léer y escribir, me hizo emplear los ocho mas que tengo en el estudio de la gramática y filosofía, en cuyo arte y ciencia aproveché quanto pude la debilidad de mi talento.

Satini. Con que en consecuencia sacamos que en ocho años has aprendido quatro bachillerias.

Narcisa. Usted se equivoca. A lo que mas me apliqué y logré poseerlo, fué á saber despreciar los mentecatos (*Volviéndole la espalda.*)

Satini. ¿Cómo?.... Favor al Rey.

Narcisa. ¿Y teneis atrevimiento para invocar un nombre tan sagrado en un empeño tan despreciable como querer prender á una niña de mucho honor?

Satini. Pero niña muy atrevida.

Narcisa. Tenga usted presente que los niños y los locos dicen las verdades, y que el sabor de estas siempre fué amargo para muchos como usted.

Satini. No hay remedio: castigaré su atrevimiento.

Claderas. No: dexadla. Este dia tan solemne no admite otra cosa que la alegría.

Doña Rita. Pero esa mocosilla nos la quiere hacer amarga.

Narcisa. ¿Yo, señorita? Nada de eso, prosigan ustedes disfrutándola que ella concluirá no con acivar sino con veneno.

Doña Gerónima. Otro atrevimiento. Estoy por darla treinta azotes.

Narcisa. Ustedes son muchos para darlos, y estoy sola para recibirlos. Se acercarán mis gentes, y nos verémos. Señora Zampalos, Gasparela, Benita, Blasa. (*Llamándolas á voces.*

Mari-Zampalos. Acudamos que Narcisa nos llama.

Langosta. Vamos allá todos. (*Llegan al café.*)

Mari-Zampalos. Queso frece, muchacha. (*A Narcisa.*)

Narcisa. Ese Caballero....

Mari-Zampalos. ¿El Señor Saetin? Prosigue.

Narcisa. Intentó prenderme, y esta Señorita azotarme.

Mari-Zampalos. Eso hicieron los Ju-

dios con Jesucristo.

Gasparela. A ver, Señorita, cuya cara tiene mas almazarron que gracia: haga usted algun meneo que indique ir á executar la prometida azotina, y lograrà que yo de mas peso á su astringido cuerpo, metiéndole por el estógamo esta friolerilla. (*Saca de entre los guardapieses una navaja muy grande.*)

Doña Gerónima. Ay, que me quiere matar.

Benita. No tendrá usted pocas matauras.

Camarmas á Satini. Y usted haga alguna accion, y tendrá la satisfaccion de ver sus tripas en sus manos.

Langosta. Can da hacer; las ranas tienen boca para chillar, pero las falta dientes para morder.

Camarmas. Señor de la Cruz da araña, los guardapieses sabe respetallos too el que pulítica sabe.

Mari-Zampalos. Pues el Señor Saetin diz ques Camisario de ella.

Narcisa. Pero se da por decomiso la que tiene.

Claderas. Mozos, dad de beber á estos amigos. Ganemos (*á Satini aparte*) los corazones de estas gentes que es el modo de reducirlos á nuestro partido.

Satini. No hablo mas sobre este caso.

Un mozo de la fonda da de beber á las revendedoras, á Langosta y Camarmas.

Langosta. Brindo por los que saben amar y servir á la Patria.

Blasa. Viva Langosta.

Camarmas. Yo brindo por quien sabe lo que hay que saber.

Claderas. ¿Y qué es?

Camarmas. Ser leal siempre á nuestro legítimo Rey el Señor D. Fernando VII.

Satini. Siga la broma y la alegría.

Quevedo. Siga, y vamos á hacer dentro del café la última salva.

Satini. Que durará hasta la noche.

Doña Rita. Nosotras vamos á ver al Rey; pero volverémos por aquí.

Quevedo. Cuidado, que esperamos.

Doña Rita. No harémos falta.

Claderas. Nos hemos detenido mucho, y tal vez llegarémos tarde.

Mari-Zampalos. Vamos nosotras á nuestros puestos para ir luego á ver nuestro exército brillante.

Unos. Viva el Gran Napoleon.

Otros. Nuestro Rey José viva.

Todos los afrancesados. Nuestro Rey José viva. (*Se entran con bulla y tropel en el café.*)

Mari-Zampalos. Y nosotras ¿qué dirémos?

Langosta. Que mueran los chanfutres.

Camarmas. Que viva nuestro Rey Fernando VII.

Todos. El Lord Wellington y sus valerosos aliados. (*Se entran*)

Salon corto con el adorno posible, pues se supone que es pieza de paso para la habitacion del Rey, cuya entrada estará á la izquierda, y á cada lado de su puerta una centinela. Otra puerta abierta á la derecha por la que salen y entran algunos Oficiales Franceses. Los que quedan en la Escena, que serán bastantes para hacerla mas brillante, se pasearán con gravedad de dos en dos, y transcursándose algunos momentos en esta muda representacion se presentarán á la puerta de la derecha Claderas, Doña Rita y Doña Gerónima.

ESCENA TERCERA.

Los dichos. Claderas despues de haber observado la Escena, dice á las que acompaña.

Claderas. Entrémos que aun no ha salido S. M.

Presentados los tres, los Oficiales que se pasean les hacen cortesías, siendo correspondidos de ellas, y quedando á la derecha hablando solo para ellos.

Claderas. En efecto, Señoras, aunque creo que no le tendrá bueno el paso que van ustedes á dar con el Rey, justifique la experiencia si es ó no fundado mi recelo. Si me equivocase podrán ustedes pasar á un destino seguro mientras yo hallo medio para ir á buscarlas.

Doña Rita. No Señor; sea la que fuese nuestra suerte, juntos la pasarémos.

Claderas. Lo que ustedes quieran. Constituido por mi palabra en no abandonarlas, me es preciso á qualquiera parte seguirlas.

ESCENA QUARTA.

Los dichos y el Capitan que sale por la izquierda, y apenas anuncia que el Rey llega, ocupan todos los extremos del teatro por derecha é izquierda, manifestando la mayor circunspeccion. Claderas se entra: Doña Rita y Doña Gerónima se introducen mas en la escena, y sale el Rey con uniforme brillante, botas y espuelas, seguido del General Laval y otros oficiales de graduacion que se colocarán de modo que presente el teatro á los expectadores una vista deleitable.

Capitan. Señores, el Rey.

Doña Rita y Doña Gerónima se adelantan á recibirle. S. M. que las conoce, llega á ellas é impide que pongan en tierra sus rodillas, sosteniéndolas con sus brazos.

Rey. ¡Oh! Madamas.... No lo permito. Alzad.... ¿Qué quereis?

Doña Rita. Suplicar á V. M. se digne de oirnos dos palabras en secreto.

Rey. Me interesa mucho aprovechar los momentos. No me los usurpeis..... Decid con brevedad.

Retirándose dos pasos mas cerca del foro seguido de ellas.

Doña Rita. Lo haré, Señor: mi hermana y yo perecemos. La clemencia de V. M. imploramos. He dicho, Señor.

Rey. Pues yo nada puedo daros, Madamas.

Las hace una cortesía, y pasa á ocupar el centro.

¿Lavál?

Laval. ¿Señor? (*Suponen que hablan aparte.*)

Doña Rita. La vergüenza y la sorpresa me privan de la vista.

Doña Gerónima. ¡No sé donde estoy! ¡Quién tal creyera!

Doña Rita. Jactate ahora de ser la mas acérrima apasionada de este Rey; y la que con mas teson sigue su partido.

Doña Gerónima. Partido que dá el mismo premio que el diablo á quien bien le sirve.... ¡Qué Rey tan generoso!

Doña Rita. Nos ha hecho conocer la lana de su paño.

Doña Gerónima. Salgamos de este lugar á quien niega su luz la clemencia.

ESCENA QUINTA.

Los dichos ménos Doña Gerónima y Doña Rita.

Laval. Señor, el plan para la batalla está perfectamente organizado. Los puntos que ocupa nuestro exército son superiores á los de los contrarios. Gazán tiene dispuesta una retirada falsa para envolver el ala derecha del enemigo y arrollarla; y que al mismo tiempo, abanzando nuestro centro rápida y furiosamente al de aquel, se dé la primera descarga de artillería y

fusilería, y sin dar lugar á otra, obren las bayonetas; y esta de los enemigos inesperada operacion dicta la razon y aprueban los buenos talentos militares que debe confundir á aquellos, produciendo una general dispersion; en cuyo caso sorprehenderémos la artillería, y el ala izquierda, ó quedará prisionera, ó marchará dispersada y perseguida. Esta es la accion decisiva; en verla lograda conforme está prevenida consiste la gloria de las armas francesas y asegurar á V. M. en el Trono de la España. Y sin embargo de que nuestros valerosos franceses estan bien persuadidos de la superioridad de nuestra táctica y ardides marciales, y esperan un completo triunfo, por cuya causa desean con admirable fervor el momento de la batalla, es muy propio del alto talento y espiritu guerrero y generoso de V. M. aprovecharse de este precioso entusiasmo de sus soldados y oficiales, inflamándolos mas con su real presencia, eficacés persuasiones y benéficas promesas, por las quales los haga dueños del rico botin que dexará en nuestro poder un exército tan poderoso.

Rey. Vuestros talentos militares y relevantes servicios os hacen acreedor, no solo á premios considerables, sino á toda mi estimacion, y á la del Emperador de los franceses mi Señor y Hermano. Pasarémos al exército, pondré en práctica vuestros prudentes avisos, y hoy comereis conmigo la sopa.

Laval queriendo arrodillarse y el Rey deteniéndole. Me postro A L. R. P. de V. M., y abro en ellos mi corazon para manifestaros en él los indelebles caractéres de mi gratitud y reconocimiento á las generosas honras con que V. M. favorece á quien derramará toda su sangre en su servicio, procurando siempre aumentar su gloria y eternizar su nombre en los fastos de la historia y en el templo de la fama.

Rey. ¿Le-Wil? (*Al Capitan de la guardia su primer Edecan.*)

Capitan. Señor.

Rey. Dad órden para que dispongan caballos para ir á reconocer mi exército; y de los presentes me acompañarán los que quieran.

Todos. Señor, todos.

Capitan. Porque todos deseamos morir en vuestro Real servicio.

Rey. Gracias, valerosos guerreros. (*Vase el Capitan.*)

ESCENA SEXTA.

Los dichos y el General Gazán.

Pero ¡ah! mi querido Gazán. (*viéndole salir.*)

Gazán. Me postro A L. R. P. de V. M.

Rey. Mis brazos son dichosos teniendo en ellos al Marte de la Francia.

Gazán. Me llenan de rubor tan poco merecidas honras, Señor.

Rey No hallo ningunas suficientes á vuestro mérito. Ya me ha explicado Lavál vuestra sabia disposicion para lograr la victoria.

Gazán. No me atreveré á ofrecer tanto, porque por mas bien ordenado y dispuesto que sea un plan para dar una batalla, por mas que merezca la aprobacion y elogio de un sabio y crecido número de guerreros, ninguno afirmará positivamente un resultado consecuente á lo que aquel promete. Asegurarán todos que deben ser sus consecuencias correspondientes á su bella disposicion; pero como son tantas é inesperadas (y muchas no conocidas) las contin-

gencias que pueden ocurrir y descomponer las mas exâctas y uniformes convinaciones, de esto proviene varias veces que los efectos que se esperaban favorables se experimenten adversos. He trabajado mi plan; esta es mi obligacion. Le han aprobado los que en nuestro exército pasan por maestros del arte. Este conocimiento es hijo de sus vigilias, estudio y experiencia. Se pondrá en práctica. Este es el dictámen de todos; pero sus consecuencias sola la Providencia las sabe.

Lavál. No puede decirse mas.

Rey. Por eso no ha dicho menos. Celebro, Gazán, vuestro talento, y mucho mas el desprecio que haceis de él, hijo de vuestra modestia; porque hay muchos que creen que los suyos son capaces de igualar ó exceder á los mayores. Por lo mismo me parece que Dios nos ha dificultado el conocimiento de nuestros entendimientos para que cada uno viva contento con el suyo. Quiero ver á mis soldados y decirles quatro palabras.

Gazán. Eso es utilísimo, Señor. La presencia y la voz del Soberano, al valor militar añade nuevo valor.

ESCENA SEPTIMA.

Los mismos, el Edecan que vuelve á salir, y despues el Sargento y dos Soldados que traen asegurado con los porta-fusiles á D. Lucas.

Cap. Señor, un Sargento y dos Soldados pretenden presentar á V. M. un espía que acaban de aprehender exâminando el exército.

Rey. Conducidlos aquí. ¡Un espía! ¡Terribles enemigos!

Sargento. A vuestros R. P., Señor.... (*El Capitan los presenta y se vá.*)

Rey. Levantad...... ¿Qué hombre es ese?

Sargento. Un espía que estaba observando nuestro exército, y él mismo confiesa lo que es.

Don Lucas Yo he dicho que soy espía; pero usted no me preguntó de quien. (*Con mucha gravedad.*)

Sargento. Le hice varias preguntas y á ninguna contextó.

Don Lucas. Hay preguntas tan necias, que es gran discrecion dexarlas sin respuesta.

Sargento. Su modo de hablar no le podiamos entender.

Don Lucas. No sería yo discreto si los necios me entendieran.

Sargento. Quiso oponerse á que se le asegurase.

Don Lucas. Despues de las injurias que me hicisteis, parecia efecto de lo sentido que me excediese en lo prudente.

Rey. Pero ¿de quién sois espía?

Don Lucas. De mi desgracia, con la que tengo tan estrecho parentesco que no nos podemos casar sin dispensa.

Rey. ¡Habla con discrecion! Pero aquel semblante..... sus ojos inquietos..... y sus gestos inmoderados, indican que su juicio no está bien entonado. (*aparte á Gazán.*)

Gazán. Lo mismo me parece, Señor.

Rey. Verémos. ¿Con qué motivo observabais el exército?

Don Lucas. No era el de V. M. el que observaba, sino el de los Españoles y sus aliados.

Rey. ¿Y con qué objeto?

Don Lucas. Como soy tan obediente á las leyes de la razon, que solo me muevo por su influxo, crei, hace dias, que era muy propio de aquella proporcionar que V. M. ganase la victoria en la próxîma batalla, porque esto estaba en mi mano. Y como los partos del entendimiento son como los natu-

rales, que no se puede detener lo que se llega á concebir, determiné que lo concebido en mi entendimiento, fuese en favor de V. M.

Rey aparte á los Generales. Es loco sin duda.

Laval. Muchas señales tiene de serlo.

Don Lucas. Para la execucion de mi grandiosa obra, tuve precision de cerciorarme de las posiciones del exército aliado para convinar mi plan y dar con seguridad el golpe; porque jamas me he lisonjeado con la esperanza por no hacer mas doloroso el mal suceso. Con que habiendo dado este paso para practicar mi proyecto sin errror, fui espia, pero espía de V. M.

Rey. Eso se justificará declarándome ese proyecto, y si fuese tan útil como suponeis, no solo se pondrá en execucion, sino que os daré quanto podais desear.

Don Lucas. Mi proyecto es matemático, y por lo mismo segurísimo. Vuestra oferta la agradezco. Nada necesito porque nada deseo. No quiero que me deis; que me quiteis quiero.

Gazán aparte al Rey. Señor, ahora si que le gradúo por un loco verdadero.

Rey. ¿Por qué?

Gazán. Porque no quiere recibir lo que un Rey le ofrece dar.

Rey. Dices bien. ¿Y qué puedo yo quitaros? (*A Don Lucas.*)

Don Lucas. Ya que no tiene V. M. facultades para quitarme los furiosos golpes que me han dado esos, que segun sus operaciones, tienen mas trazas de fariséos que de soldados, mande á lo menos me quiten los cordeles con que fingieron asegurarme para cruelmente destruirme, como lo han conseguido, porque apenas puedo formar un aliento, sin experimentar un mortal dolor.

Rey. Desatadle. ¿Servis al Rey, ó á la inhumanidad? Haced que castiguen á esos crueles. (*A Laval que pasa donde están los oficiales, habla aparte con uno, y este llega al Sargento y Soldados y los saca de la escena.*)

Sargento. Señor... Ese hombre dice...

Don Lucas. La verdad. En el semblante y los ojos están las cifras de los pasos del corazon. Observad, Señor, sus rostros, y notareis que son de verdaderos Nerones; y eso es que procurarán desmentir con la cautela las señales de la verdad; pero quando la naturaleza repugna, el arte no aprovecha.

Rey. ¿Se ha aliviado el tormento que os causaba la opresion de los brazos?

Don Lucas. Siempre que se disipan las nuves del dolor, se empieza á descubrir la luz del consuelo. Este experimento; pero aquel me mortifica demasiado. No puedo hacer el menor movimiento sin sentir una rigorosa tortura én todo mi cuerpo. ¡Malditos Herodes! ¡cómo devorais la inocencia!

Rey. Serán castigados.

Don Lucas. Pero ese castigo, ¿quitará mis dolores?

Rey. Eso no puede ser.

Don Lucas. Pues si ser no puede, ¿qué adelanto yo con su castigo? Mas adelantaré con dar á V. M. la victoria ya expresada.

Rey. Explicadmé ese proyecto.

Don Lucas. Prontamente lo haré, y mucho mas prontamente dará su práctica á V. M. el triunfo. Deben hacerse al instante sin la menor demora cincuenta jaulas portátiles de hierro muy fuertes, cada una con su puerta, quatro varas de largo y dos de ancho.

Rey. ¿Y quién ha de hacer con tanta brevedad como exíge el caso,

una obra tan vasta y de mole tan grande como esa?

D. Lucas. No hay cosa mas fácil. Encárguese á los Cíclopes de la herreria de Vulcano, y en un momento las tendrán concluidas.

Rey. ¿Y qué uso deben tener esas jaulas?

Don Lucas. Este. Aqui de la atencion. En cada una se embocará un toro de cinco años lo menos. Se conducen de noche, para no ser vistos, al frente del exército contrario, se colocan en linea recta, y de modo que ocupe bastante trecho. A la primera luz del dia se sueltan de una vez estos animalitos, envisten á la par á Españoles é Ingleses, destrozan las primeras filas, se extiende el terror, la confusion se propaga en fuerza del estrago que se observa. Se dispersan, huyen, corren mas que las liebres perseguidas de los galgos los soldados; entran los Franceses, se apoderan de la artillería, matan con ella á los que les han ganado la victoria, (porque estas son las recompensas que se dan á los beneficios que se reciben), unos seguirán á los que huyen: otros recogerán el botin, y todos aclamarán á V. M. publicando la victoria con el signo de Tauro, para que la posteridad entienda que ellos la ganaron. ¿Qué le parece, á V. M. mi estupenda invencion?

Rey. Muy propia de vuestro juicio.

Gazán. No sé como he podido contener la risa al oir semejante disparate.

Rey. Pero le ha vestido con buenos colores. ¿Y qué te ha movido á serme tan inclinado? (*A D. Lucas.*)

Don Lucas. Señor, muchas cosas y cada una interesantísima. Primera: la grandeza de alma que encuentro en V. M. sin embargo de que es poco Católica. Segunda y principal, la gran reverencia, el respeto y veneracion con que el gran Napoleon, hermano de V. M. ha tratado á la Iglesia Católica, dexándola sin cabeza, sin miembros, y á sus ministros sin libertad, ni un dinero. Esto no tiene exemplar aun entre los Atilas y Nerones.

ESCENA OCTAVA.

Los mismos y el Edecan.

Edecan. Señor, vuestras Reales órdenes están cumplidas. Pero ¿qué veo? Aquí está el Señor Cardanal Bartholini? (*Por Don Lucas á quien mira con sorpresa.*)

Rey. ¿Qué dices?

Edecan. Señor, ese hombre es natural de esa ciudad y jurisconsulto de mucho crédito en ella. Su contínuo estudio le desconcertó el juicio y puso demente. A nadie agravia y todos le celebran por la agudeza de sus expresiones. Ha tomado la manía de que es el Cardenal Bartholini, y exîge se le trate con la Eminencia.

Rey. ¡Qué lástima de talento!

Laval. Que pudiera ser muy útil á su patria.

Edecan. Y lo era con efecto.

Rey. Conducid al Emmo. señor Cardenal Bartholini á la herrería militar, para que instruya á los maestros de lo que deben hacer, y lo pongan por obra al instante. Llevadle. (*al Edecan aparte*) Llevadle al Hospital, y encargad que se le cuide con el mayor cuidado y la mas útil asistencia á su pronta curacion.

Edecan aparte al Rey y despues á Don Lucas. Bien Señor. Suplico á vuestra Eminencia se digne de venir conmigo.

Don Lucas. Si, y quando sea yo Pa-

pa (aunque no lo necesitas segun tu semblante) te ofrezco una bula para que te condenes.

Edecan. Iré acompañando á vuestra Eminencia. Vamos.

Rey. Así como muchos mueren por necios, este infeliz perdió su juicio por sabio. Laval, Gazán, darémos un paséo, y despues pasarémos al exército.

Gazán. Rendidos seguimos á V. M.

Selva corta: en lo último del foro estarán formadas varias filas de Soldados que se introducirán dentro del teatro, para suponerlas de mayor extension. En el penúltimo bastidor de la izquierda se verá la magnífica entrada de una gran tienda de campaña. Los que se suponen oficiales ocuparán sus puestos fuera de las filas con las espadas desembaynadas. Otros de mas ó menos graduacion se pasearán lentamente por la escena divididos en varios trozos de dos ó tres personas cada uno, suponiendo que hablan entre sí; cuya muda representacion se executará con la circunspeccion correspondiente al respeto que merecen las armas y carácter de los que las mandan. Los instrumentos de boca emplearán el tiempo que intermedie hasta dar principio á la representacion, con una música patética y marcial, la que será interrumpida por la de el agradable estruendo que causará un gran número de atambores y pitos que anunciará el arribo del Lord Wellington, y las voces que en su aplauso se dicen dentro; el que precedido de un Edecan y seguido de los Generales Longa y Morillo, y de otros gefes de menor graduacion, se presentará en la escena y ocupará el centro, Longa su derecha y Morillo su izquierda mas abaxo de su persona; los demás se extenderán por ambos lados segun su grado; quedando formado un quadro con aptitud para captar la satisfaccion de los expectadores. Antes de empezar la representacion, el Edecan pasará al bastidor de la derecha, y la seña que hará con su espada, impone silencio á las voces, al parche y á los pitos.

Unos dentro. Viva España y nuestro Rey Don Fernando Séptimo.

Otros. Inglaterra y Portugal vivan.

Otros. Viva el gran Lord Wellington.

Uno. Vivan, para terror de los franceses, y gloria de España, Inglaterra y Portugal.

Todos. Vivan, vivan.

ESCENA NONA.

Los dichos.

Wellington. Agradezco sobre mi corazon las afectuosas demostraciones con que me favorece un pueblo tan generoso, y unos guerreros cuyo invicto valor emula Marte. Si, Españoles, hoy forman solo un cuerpo vuestra ilustre nacion, la mia y la valerosa Portuguesa. Defendemos unidas estrechamente una justa causa; nos hemos armado contra un tirano, cruel opresor de la humanidad é inexôrable destructor de quanto tiene relacion con la razon, la justicia, la tranquilidad de los pueblos, con los derechos y la paz de los hombres. Todo lo ha turbado.... á los buenos los há corrompido, y á los malos los ha hecho pésimos. Yo soy vuestro compañero y amigo, mas que vuestro gefe, naciones belicosas, honradas y formidables. El vínculo de la amistad es mas noble que el de la hermandad, porque este es como corpóreo, comun con los brutos, y aquel intelectual, propio del hombre. Como amigo os hablo: como amigo me intere-

so con tanto ardor en vuestra causa, y como amigo os recuerdo los tres constitutivos de la prudencia, que son: memoria de lo pasado; inteligencia de lo presente, y providencia para lo futuro. Recordad un momento las obras pasadas del tirano, y hallareis un infame y punible quebrantamiento de quanto ofreció para sojuzgaros y á su yugo someteros; quebrantamiento tan cruel, que os hizo ver despreciado el Santuario, ultrajadas las sabias leyes patrias, despojados de sus altos ministerios las legítimas potestades, maltratadas las religiones, vituperada la Religion, el vicio exâltado y la virtud abatida. Estais bien inteligenciados de lo presente. Todo ha sido robos con el especioso nombre de contribuciones; saquéos é incendios de los pueblos, violaciones de la honestidad, profanacion de los Templos, persecucion de los buenos y exâltacion de los malos. Estas funestas recordaciones de lo pasado, no olvidando el estrago del dia 2 de Mayo, que hizo que la naturaleza se estremeciese, y la misma crueldad se horrorizase: y estas presentes subversiones ó ruinas de hombres que destrozan hallándolos inocentes é indefensos, y pueblos enteros que convierten en escombros, lo qué vemos con freqüencia y sentimos con dolor, nos deben inspirar para lo futuro providencias que manejadas por el valor y el honor, nos venguen de lo pasado, nos satisfagan de lo presente, y nos aseguren que estarémos libres de semejante monstruo en lo por venir.

Morillo. Bien instruidos los Españoles y Portugueses de las verdaderas reflexîones de V. E. tan sabiamente concebidas, como enérgicamente declaradas, no habrá entre ellos uno á quien no inflame la justa causa que defienden, no solo del noble valor que les es característico, sino de todos los sentimientos del honor, para vengarse con él del enemigo comun.

Longa. Mayormente conociendo todos, que así como la prudencia tiene los tres constitutivos expresados tan discretamente por nuestro Generalísimo, asistan igualmente á nuestras armas las tres razones que hacen lícito su uso, y son: *autoridad legítima*, *causa justa y recta intencion.* Dexo de explicar estas tres razones, porque todos conocen la razon que hay en cada una para defendernos, y ofender hasta su exterminacion á nuestros contrarios. La España y el Portugal á la faz del mundo antiguo, acreditaron en el nuevo su intrepidez, su espíritu y valor de tal modo, que ni la fama tuvo facultades para extensamente publicar sus glorias; ni la pluma toda la erudicion necesaria para estampar en el papel sus triunfos. Estas dos potencias tan unidas, como de sus justísimos resentimientos inflamadas, ¿dexarán impunes los terribles tratamientos que han experimentado y experimentan de esa Nacion, opresora de todas, que tiene por patrimonio la perfidia, y por naturaleza el engaño? Hoy ven cercanos los suspirados momentos de su venganza: hoy se observan asistidos de su generosa y valerosa aliada la Inglaterra: hoy admiran las grandes disposiciones de su sabio Generalísimo, y hoy con sangre de nuestros enemigos, procurarán lavar las feas manchas con que estos quisieron obscurecer sus glorias, bien que, ¿cómo pudieran haberlo conseguido, si los

españoles la perfidia de su engañoso Gefe hubieran penetrado?

Wellington. Soldados, hijos de tres fuertes, ilustres y valerosas naciones; Vuestro Generalísimo os habla, pero no os lisonjéa. La batalla se aproxîma. El enemigo cuenta 70∂ combatientes, poco mas ó menos, todos guerreros, todos enseñados á vencer siempre, pero que en el feráz suelo que pisamos siempre fueron por los Españoles vencidos. Tres puntos ocupan, y son en ellos superiores á los nuestros. Montes inaccesibles coronados de tremenda artillería, sus baterías sostienen. La primera, la han colocado en un asombroso peñasco, elevado y extendido entre la venta llamada de Cayetano y el pueblo nombrado Zámelzu, teniendo por la espalda el rio Zaldorra. Esta que tienen por la mas formidable, ha de ser para nosotros la menos temible, y la primera que embistamos y arrollemos; porque ni el gran número de sus tropas y artillería, ni lo inexpugnable de sus atrincheramientos, ni la superioridad que dicen tiene su táctica sobre la nuestra, ni la rápida y feroz embestida de sus soldados sobre la frescura y constancia con que los recibís, desconcierta mi plan, ni disminuyen la esperanza que me alienta de vencerlos y arruinarlos. Esta esperanza no está fundada en mi plan de operaciones, sin embargo de que le han adoptado y con entusiasmo aplaudido los sabios Generales Españoles y Portugueses que honran mis lados. Tiene apoyo mas legítimo y sobresaliente. Vuestros rostros: el delicioso torrente de alegría que observo en ellos: la agradable emocion que os ha causado la noticia de la pronta batalla, son los signos, las verdaderas señales que me aseguran la victoria. Demostrar las causas por los efectos, es una filosofia al revés. Yo conozco la causa de vuestro presente júbilo, y de este conocimiento infiero que sus efectos serán, como hijos de vuestro valor, memorables en la fama y en la historia. El dia 21 de Junio que hoy contamos, será celebrado en los fastos de esta. Los invictos Españoles que me acompañan, Longa y Morillo, aquel por la espalda del peñasco que ocupan los enemigos, y ganando el paso del rio Zaldorra, y este por el frente, acometerán á un tiempo con sus leones, que sois vosotros, á las águilas, que son nuestros contrarios; y para librarse de las terribles garras de aquellos, solo quedará á estas el recurso de volar. Sí, Soldados mios, yo os anuncio la victoria, y vosotros la confirmais con el gozo que recibís. Inflamados de valor, decid conmigo que vivan España, Inglaterra y Portugal.

Todos. Vivan &c. (*Lo repiten.*)

Uno. El Lord Wellington, rayo de Marte, honor de Inglaterra, y gloria de España, viva.

Los Generales. Viva, viva, y el Rey Don Fernando el Séptimo.

Otro. Vivan, y los valerosos Generales Ingleses y Portugueses.

Wellington. Vivan, vivan.

En medio de estas plausibles aclamaciones, se presentan Zámpalos con una cesta llena de rosas, Fermina, Gasparela, Benita y Blasa con un hermoso ramillete cada una. Narcisa con un azafate regular, y sobre él una corona compuesta de laurel y oliva: Langosta y Camarmas con su guitarrillo cada uno, á cuyo compás cantan y baylan una pequeña danza.

ESCENA DECIMA.

Los dichos.

Cantan. Al Héroe invencible
de la Gran Bretaña,
aplauda la España
con profundo amor.
Y con la corona
de laurel y oliva
el premio reciba
su heróyco valor.
Una sola. Y todos publiquen
con voces festivas:::
Todas.
Que viva, que viva, que viva.

Narcisa dirigiéndose al Lord, y haciéndole una profunda reverencia, le dice: Señor, esta corona que el laurel y la oliva componen, aquel en señal del triunfo que esperamos, y esta como signo de la paz que nos prometemos, os consagra un afecto tan grande como humilde, pero no adulador. La España está bien persuadida del firmísimo apoyo que tiene en V. E. y que sabrá librarla de la tiranía francesa. Admitid este corto obsequio que nuestra fiel gratitud os tributa, y se llenarán de la mas fausta satisfaccion los sencillos corazones que os le ofrecen.

Wellington. Sí, preciosa niña, admito este don, y será tan estimado, que le conservaré mientras viva para que me acuerde la recomendable fidelidad de los que me le ofrecieron, y la gran victoria que en el mismo dia esos leones ganáron.

Gaspar. A nuestros valerosos generales estos ramilletes tributemos.

Lo hacen empezando por Longa, y siguen con los demas generales.

Zámpalos. Y yo á mis queridísimos soldados cubro de rosas en señal de que la victoria los cubrirá de gloria.

Gaspar. Cumplimos nuestra obligacion y nuestro gusto. Concluyamos ahora nuestra danza.

Wellington. Pero antes, te advierto, preciosa niña, que vuelvas á verme, si las resultas de la batalla lo permitiesen.

Narcisa. Narcisa espera tener el honor de dar á V. E. la enhorabuena de la victoria.

Wellington. Si fuese así, yo haré feliz á Narcisa.

Gaspar. Tocad y repitamos nuestra cancion.

Vuelven á tocar, cantan y baylan. Emprehende su marcha hácia la tienda el Lord: la tocan los atambores y pitos, y entre el cántico, bayle, vivas y agradable estruendo de las caxas, cae el telon, y se da fin al acto primero.

ACTO SEGUNDO.

Selva corta. Parte del exército francés estará presentado en filas con las armas al hombro desde el principio del foro. Oficiales de varias graduaciones ocuparán el resto del teatro; á un lado Doña Rita, Doña Gerónima, Satini, Claderas y Quevedo. Las caxas anunciarán la llegada del Rey. El Edecan manda á la tropa presentar las armas, y sale aquel á Caballo, seguido de Gazan, Laval y otros oficiales. El Rey echa pie á tierra teniendo el estribo que dexa Laval, y recibiéndole por el lado izquierdo Gazán. Dos lacayos sacan el caballo, y luego que concluyen las voces de aclamacion dentro y fuera del teatro, hace señas el Edecan con la espada para armas al hombro, y executado, principia la representacion.

ESCENA PRIMERA.

Los dichos.

Unos dentro. Viva nuestro Rey José primero.

Otros. La Francia y su gran Emperador vivan.

Los de fuera. Vivan, vivan.

Rey. Franceses, ha llegado el feliz momento que tanto habeis deseado, para hacer ver al Orbe, que si hasta aquí tenaces los Españoles en seguir un partido por la obcecacion mas ruinosa enseñado, huyendo siempre de que una batalla le decidiese, lograron algunas pequeñas ventajas sobre vosotros, fué ó porque os sorprehendieron con fuerzas prevenidas y sumamente superiores á las vuestras, ó por uno de aquellos eventos que no está en el talento del hombre prevenirlos, ni en su valor supeditarlos. El momento actual os ofrece la ocasion mas crítica y oportuna, para de gloria cubriros, y en el templo de la fama eternizaros. Tres potencias respetables, contra vosotros están unidas. Tres glorias conseguireis en vencerlas. La asombrosa porcion de combatientes que nos presenta el Gefe que las manda, compone muchos bultos, pero pocos hombres, porque los que formaron esos exércitos, imitaron á los estatuarios, que hacen de los troncos figuras de hombres, y regularmente estas hechuras á sus hacedores se parecen. Sí, Franceses, al paso que entre vosotros reyna el placer y la alegría, anunciando que cantareis lo que Cesar escribió de sí al Senado Romano, y fué: Llegué, ví y vencí: en el campo del enemigo están establecidos, se propagan y aumentan cada vez mas, el terror, el miedo y la cobardía. Tiemblan, considerando que van á ser de vuestro furor acometidos, y por vuestras bayonetas destrozados. Con estas desgraciadas víctimas, hareis mas formidable á la Francia, y quedareis enriquecidos con el gran botin que en el campo de batalla y asombroso comboy hallareis; porque todo, todo será vuestro en justo premio del espíritu que os anima, y del valor que os alienta.

Todos. viva nuestro Rey.

Los Generales. Viva, viva.

Laval. Franceses, hoy dexareis acreditado en la decisiva batalla que vamos á dar, el alto concepto que tiene formado el mundo de que sois invencibles.

Gazán. Hoy 21 de Junio es el dia en que vais á sepultar las glorias de tres naciones que quieren tener el honor de espirar á nuestras manos.

Todos. Vamos á dar la batalla.

Rey. Sí, amados Franceses mios, vamos.

Laval al Rey aparte. Es preciso aprovechar estos preciosos momentos, Señor.

Gazán lo mismo. Los que consiguen entusiasmar á un exercito con las voces del honor, del valor y de la victoria, son los mas oportunos para conseguirla, si el que manda sabe utilizarse de ellos con la elegancia y energía que lo ha hecho V. M.

Rey á su Edecan. Mandad que al instante se dé una buena racion de aguardiente á cada uno de mis Soldados.

Edecan. Obedeceré á V. M.

Todos. Viva nuestro Rey José primero.

Los Generales. Viva, viva.

Al concluir esta aclamacion, hace seña el Edecan con la Espada; tocan las caxas y pitos la marcha, saliendo de la escena el Rey, y quantos le acompañaban en ella por donde entraron; cuya marcha siguen las filas por los bastidores para ocultarse; y en el intermedio cae el telon primero, sube el segundo, (continuando el toque de las caxas, y aclamacion sin cesar) y subido otra vez aquel, se descubre una selva larga. Lo último del foro formará una cordillera de montecillos mas y menos elevados, con cañones y artilleros en ellos, y guarnecidos de tropa Francesa. El resto de la escena hasta las candilejas, estará ocupado de Soldados Españoles, baxo las órdenes de su General Morillo, á cuya voz embisten á ganar una batería de uno de los montecillos menos elevados. El fuego de los que le defienden, y el de los que embisten, será repetido, observándose algunas veces, ya abanzar y ya retirarse los Españoles, hasta que presentándose sobre los montes y espalda de los franceses el General Longa con la tropa de su mando, y vistos por los de la escena, siguen estos á su General, abanzan por el monte calada bayoneta, se apoderan de la primera batería, y el valeroso Longa arrojándolos de sus puestos y Morillo recibiéndolos en los suyos, hacen una carnicería de los Franceses; y entre el estruendo de los cañones, de las caxas, pitos, gritos y clamores dados dentro y fuera de la escena, viéndose precipitar enemigos por las faldas de los montes, arrojados por las manos del invencible Longa y sus Soldados, se apellida la victoria.

ESCENA SEGUNDA.

Los dichos.

Moril Ahora valientes soldados mios, ahora que el invicto General Longa obra con su acreditado valor. debemos aumentar los esplendores de la Patria, librándola de estos tiranos. Imitadme y el triunfo será nuestro. A ellos.

Los Soldados. A ellos y mueran todos.

Embisten, descargan y reciben el fuego de arriba cargando.

Un Francés que cae del monte. ¡Ah! Mon Dieu, yo morro rabiando.

Morillo. Abancémos, que hemos perdido algun terreno. (*Lo hacen volviendo á disparar.*)

Longa. No quede uno con aliento. Baxen estos á que los concluya Morillo. (*Echando á rodar algunos Franceses.*)

Morillo mandándolo. Calen bayoneta. Embistamos de una vez.

Parte enfurecido, le siguen denodados; pero se para y tocándose un muslo dice:

Ola! Me tocó una bala. Ya tengo mas honor. No paremos hasta apoderarnos de la artillería. Otra bala y en el mismo muslo. Pero puedo andar. Con sangre de los enemigos se curan estas heridas.

Trepa por el montecillo donde están los cañones seguido de sus Soldados.

Longa á un artillero que acaba de descargar un cañon, dándole un golpe de sable y haciéndole rodar por el monte abaxo. No cargarás otro. Ni tu tampoco. (*á otro haciendo lo mismo.*)

Franceses quejándose encima y detras del monte. Misericordia.

Longa. Seguid y destrozad á aquellos que huyen, mientras yo precipito á estos. (*Echando á rodar muchos Franceses.*)

: : :

Morillo. Somos dueños de estos cañones.

Longa. Ganamos la victoria.

Unos dentro. Victoria, victoria por España.

Wellington dentro. Españoles, Ingleses y Portugueses, vuestro Generalísimo, como testigo de vista, os la anuncia. Victoria, victoria.

Unos. Viva el gran Wellington.

Otros. España, Inglaterra y Portugal vivan.

Longa. Nuestro Generalísimo aqui se acerca. Baxemos á recibirle. (*Lo hacen.*)

Morillo. Señor Longa, acá estamos todos.

Longa. He admirado vuestro valor.

Morillo. Y yo he aprendido del vuestro.

ESCENA TERCERA.

Los dichos, Wellington y varios Oficiales con las espadas desnudas.

Wellington. Valeroso Longa, como esforzado Morillo, guerreros fuertes, nacion Española alentadísima, la victoria logramos: los enemigos que lograron escapar de vuestro furor, huyen precipitados y confundidos. A seguirlos y destrozarlos antes que en Vitoria se refugien. Ya los esperan por el frente, de mi órden; perseguidlos por la espalda y experimentarán su fin entre dos fuegos.

Morillo. Vamos, Señor Excelentísimo, que hoy es el dia mas glorioso para España, para V. E. para su nacion y la Portuguesa.

Wellington. Y para los generales que imiten á los esclarecidos Longa y Morillo. Pero, ¿qué sangre es esta que veo en cada uno de los dos?

Morillo. He recibido dos balazos y con ellos he conseguido dos triunfos.

Longa. A mí me tocó uno; pero la sangre que arroja su herida, dá mayor brillantéz á la que queda circulando por mis venas, porque el que pretende que le honren por los méritos de sus ascendientes, es un executor de deudas agenas.

Wellington. Me gustan infinito esas expresiones, porque son propias de un héroe. Vamos á acabar de destruir al enemigo.

Longa. ¡Con qué gusto se dá el último aliento en el campo del honor, al lado de un General tan valeroso como V. E.

Wellington. Vamos, que seguro vá el completar la victoria con tales guerreros.

Longa. Mandando un Marte como V. E. ninguna se pierde.

Cae el telon y queda la selva corta. Salen algunos Franceses huyendo sin saber por donde, confundidos de terror y espanto, en cuya situacion los halla el Rey que se presenta en los mismos términos.

ESCENA QUARTA.

Los dichos.

Rey. ¡Todo es horror!... ¡Todo verter sangre!.. Huyo; pero ¿por dónde? si en todas partes reyna el furor y se pisan cadáveres.

Un Frances viendo y dirigiéndose al Rey. Oh! Siré?

Rey. ¡Ah! desgraciados! á Pamplona, á Pamplona!... Donec moa tu frac. (*Cambian de levitas.*) á Pamplona... l' Espagnolo. (*Mirando á la derecha.*) Alon, alon.

Se entran precipitadamente por la izquierda. Por la derecha salen del mismo modo Doña Rita, Doña Gerónima y otras mugeres sin mantillas y ba-

tiendo los mayores extremos de sentimiento y sorpresa, Satini, Claderas, Quevedo y otros hombres.

ESCENA QUINTA.

Los dichos.

Rita. ¡Ay infelice!
Gerónima. ¡No acierto á dar un paso!
Primera muger. ¡Por todas partes nos siguen! (*Llorando.*)
Segunda. Cielos! ¿dónde nos ocultarémos? (*Lo mismo.*)
Primera. Mi marido!
Segunda. Mi hija!
Rita. Horrible situacion!
Claderas. Las lágrimas, los sentimientos, ni la inaccion no la remedian, sino la constancia, la fortaleza y la fuga. Mande usted ahora, Señor Satini, que se brinde por la victoria y se tiren los vasos.
Satini. ¡Quién pensara!
Claderas. Si, agregad el ¡quién creyera! que son las salidas que á los engaños que padecen, dan los mentecatos.
Rita. Ah, Señor Satini, quando usted estaba en Madrid dando aquellas memorables providencias que hacen temblar á los hombres y gritar á la humanidad, ¿se podria creer que la de usted llegase á verse tan ultrajada que en corto tiempo ha recibido ocho garrotazos?
Doña Gerónima. Y el último, ¡qué cruel! Lo mismo le hicieron doblar el cuerpo, que un borriquillo quando un arriero loco apaléa con furor sus ancas. —
Satini. Señor Claderas, Señora, ustedes duplican la carga de las amarguras que tengo sobre mí! Y no conocen que quando menos pensemos harán... pero ya ha sucedido.

Viendo salir por la izquierda al Sargento Lagarto con el sable desembaynado y algunos Soldados con bayoneta calada. Al verlos, quiere cada uno huir por distintas partes; pero á la voz de Lagarto, quedan confundidos. Satini y Quevedo tiemblan sin acertar á formar una palabra.

ESCENA SEXTA.

Los dichos.

Rita. Ay Dios!.. Huyamos.
Claderas. Por aquí..
Lagarto. Al que huya, tirad un balazo.
Satini aparte. Por mas que yo corriera, pronto me alcanzára... ¡Qué temblor me ha dado!
Ellas llorando y poniendose á los pies de Lagarto, Señor Sargento, tened piedad de estas infelices.
Ellos del mismo modo. Si vuestro corazon....
Lagarto Es duro como un pedernal.
Satini. Si conoceis... la... hu...ma...ni...dad...
Lagarto. La conozco y la uso; pero no con los enemigos de mi Rey y patria. Ustedes son malos hijos de ella; y á los que halle de esta clase he determinado quemarlos vivos. Amarrad á todos.

Los Soldados pasan á executarlo con los portafusiles, principiando por las mugeres.

Claderas. Yo ruego a usted, Señor Sargento, que exercite con nosotros todo el rigor que quiera; pero que no maltrate á las Señoras.
Lagarto. ¿Ola? ¿tan aficionado es usted á ellas? Los delitos de alta traicion, como lo son todos los traidores al Rey y á la Patria, merecen la última pena. Conducid aquí (*á los Soldados.*) á esos dos perillanes, (*Por Claderas y Que-*

vedo) que quiero ver si con un golpe de sable á cada uno, dexo sus cuellos sin cabezas.

Los Soldados los llevan al medio de la escena; Lagarto se aproxîma á ellos para practicar su agradable promesa. Rita y Gerónima se desprenden de los Soldados, corren y detienen á Lagarto puestas á sus pies de rodillas, en cuyo estado se presentan en la escena Longa y la comitiva de Oficiales y Soldados que le siguen. Aquellos con las espadas desnudas.

ESCENA SEPTIMA.

Los dichos.

Rita. Señor Sargento á estos pies rendida os pido...

Longa dentro. Españoles, los que se resistan mueran; los que se rindan vivan. Ofrezcamos este nuevo triunfo á la humanidad. (*Salen.*) Mas ¿qué es esto? Esta triste y abatida situacion, (*señalando á las mugeres*), y vuestra feroz amenaza, (*á Lagarto*) ¿de qué proceden?

Lagarto. De la infamia, mi General. Estas mugeres y estos hombres, despues de haberse revelado contra su amabilísima madre, la han tratado con ignominia y á sus hermanos con la mayor crueldad.

Longa. Y ¿dónde está esa madre tan agraviada, y esos hermanos tan ofendidos?

Lagarto. A la madre V. S. con su incomparable valor la defiende, el fuerte Sargento Lagarto hace lo que puede, y el número de sus hermanos le componemos todos los buenos Españoles.

Longa. Con que la madre es España, y los Españoles los hermanos de estas señoras, las que miran á los buenos con horror, y deshonran á aquella por ser hijas suyas?

Lagarto. Iguales son en V. S. la grandeza del valor y del talento. Con aquel destruye enemigos, y con este descifra enigmas.

Longa á las mugeres. Una buena madre, qual es España, facilmente se reconcilia con sus hijos, por malos que sean; la lástima es que entre estos ha habido muchos Caínes, que han sacrificado á su odio mas Abeles que los que inmolaron los enemigos á su furia. Señoras, vuelvan ustedes en sí; reflexîonen prudentes que han abandonado todos los derechos que la Patria tiene sobre ustedes para que la amen y defiendan hasta perder la vida. Solo puede disminuir estos traidores delitos la prudente reflexîon de la flaqueza y debilidad de su sexô. Pero ustedes (*encarándose con furor á Claderas y Satini.*) ¿Qué disculpa podrán dar á la vileza de que los ha cubierto su delito? Ya sabemos que los desatinos son los sueños de los despiertos. Pero ¿hasta quándo han de durar estos, para no reconocer la deshonra de aquellos? ¡Lastimosa obcecacion la que conduce al hombre al seno de los desleales á su legítimo Rey, á su Patria, y á los derechos mas sagrados! Estas son sus consecuencias... de ustedes no esperadas; pero por lo mismo mas amargamente sentidas. ¿Quién es usted? (*A Satini.*)

Satini. Fuí Comisario de Policía en el Gobierno Francés. (*Con sumo desaliento.*) Y este es Quevedo.

Longa. ¿Acaso es usted Satini?

Satini. Para servir á V. S. Tal vez (*aparte*) por mi apellido mereceré su proteccion.

Lagarto. ¡Satini es este, que quiere decir Satanás! Si antes lo hubiera

sabido ya estaria hecho carbon. (*Aparte.*)

Longa. ¿Con que usted es Satini, aquel famoso destructor y verdugo de sus semejantes y buenos Españoles? Bien enterado estoy de sus procedimientos. ¿Y usted quién es? (*A Claderas.*)

Claderas. Don Cristobal Claderas, servidor de V. S.

Longa. Sí, sus obras literarias me hicieron estimarle; pero las de su opinion en nuestra dichosa revolucion aborrecerle. Lagarto.

Lagarto. ¿Señor?

Longa. Conducid á estas Señoras y á este Caballero (*por Claderas*) al destino señalado á los paisanos prisioneros por afrancesados. Y al Señor Satini y Quevedo....

Lagarto interrumpiéndole con viveza. A la horca, Señor.

Longa. A un calabozo bien asegurados.

Lagarto ap. Mas que al calabozo, son acreedores al cadahalso; pero todo se compondrá. Si han sido unos famosos pecadores, en el corto tránsito que hay de aquí á la Ciudad, haré que sean unos asombrosos martires. Vamos, Señores.

Doña Rita. Tributamos á V. S quantas gracias podemos.

Doña Gerónima. Y de la grandeza de su alma otras esperamos.

Longa. Si ustedes se arrepienten bien, la absolucion está segura.

Lagarto. Venga usted, Señor Satanás á exercitar su Principado en el infierno. Cada tajada de carne que arranque de su cuerpo ha de pesar un quarteron; porque estos son como las culebras que aunque se las quiebren las cabezas amenazan con las colas. (*Se los llevan.*)

Longa. Acabemos de reconocer el pequeño espacio de muralla que queda, y volverémos á acompañar á nuestro invictísimo Gefe el Lord Wellington en su entrada pública en la Ciudad. (*Se van por la izquierda.*)

La mutacion de plaza con que principió el primer acto. En el balcon de la casa consistorial estará el retrato de cuerpo entero ó á caballo de nuestro amado Rey Don Fernando VII baxo de dosel, y á cada lado un alabardero ó centinela. En medio del teatro estarán baylando al estilo del pais Fermina, y otras tantas mugeres como hombres, rodeados de expectadores. Zámpalos, Narcisa, Gasparela y Blasa, acompañadas da Langosta, cantarán el quatro que sigue.

Cantemos, baylemos,
bebamos, brindemos,
sin susto y con gusto,
que nuestra funcion:

Es mas bien fundada,
mas noble y honrada
que la de Satini
por ser gran traidor.

Unos. Vivan España, Inglaterra y Portugal.

Todos. Vivan, vivan, vivan.

Otros. Viva el exterminador de los Franceses, el Gran Wellington, y nuestra ilustre Ciudad de Vitoria.

Todos. Vivan.

Mari-Zámpalos. Viva nuestro Rey Fernando VII, y Dios nos le saque de su cautiverio y acabe al que se le causa como acabó Judas.

Todos volviendo los rostros al retrato y haciéndole una profunda reverencia. Y viva nuestro Rey Fernando VII, viva, viva.

Al concluir esta aclamacion salen por la derecha Lagarto y su tropa que

conducen á Doña Rita, Doña Gerónima y Claderas sueltos, pero bien amarrados con dobles portafusiles á Satini y Quevedo, los que manifestarán su amarga situacion en las acciones, gesto y palabras que apenas podrán articular. Luego que los ven los que ocupan la escena, la curiosidad les hace correr y los cercan en el lugar que ellos dexaron.

Lagarto haciendo calle con el sable desnudo. Al que no dexe el paso libre le echo á volar los sesos. Apártense, Señores, que el Sargento Lagarto lleva amarrado al famoso Satini, acompañado de otro perillan tal vez peor que él en lo inhumano.

Uno. Señor Sargento, ¿qual es de los dos Satini?

Otro. Dexe usted que veamos á ese maldito.

Narcisa llegando á Lagarto. Permita usted Señor Sargento que le vea y exâmine sus facciones.

Lagarto. Pero chiquilla, ¿para qué tan prolixa curiosidad?

Narcisa. Es justo se me conceda que tome su filiacion. Mire usted, yo no tengo de ser Monja, porque aunque tuve deseos de encerrarme en el claustro, se me apagaron quando ví que la naturaleza se horrorizó con las crueldades executadas por los Franceses con aquellas vírgenes consagradas á Dios. Seré madre de familia, y quando me rodeen mis hijitos para oir las instrucciones que les dé, la referencia que les haga de los grandiosos sucesos de nuestra feliz revolucion, los tendrán embelesados las gloriosas é incomparables acciones de sus compatriotas, al paso que los llenará de horror las de otros que se infamaron, porque el partido de la infidelidad siguieron. En la pintura que de estos les haga, tendrá el primer lugar la de ese Satini, cuyo nombre y figura de su persona haré que se les imprima de modo que puedan hacer otro tanto con mis nietos, estos con los suyos, y que de generacion en generacion se transmitan á la mas remota posteridad para que llegue hasta ella la abominacion de ese nombre, y del retrato de su persona. Este es mi proyecto.

Lagarto. Es admirable, preciosa criatura. Vales un Perú. Aprendan de tus años tiernos la fidelidad, aquellos barbados y bárbaros asesinos de ella. Soldados, poned en medio de esta plaza á Satini ó Satanás, que todo es uno. (*Los soldados lo hacen, y continúa Lagarto aparte.*) Este es otro martirio peor que el que tiene en los brazos, porque es sacarle á la vergüenza. Aquí está el gran Satini. Este es el que sacrificaba lo mas sagrado de la Patria en obsequio de nuestros enemigos. Miradle bien.

Satini aparte. Que no me acaben de quitar la vida la tortura que mis brazos padecen, y la vergüenza que ahora paso.

Gasparela. Tiene cara de Fariseo.

Doña Rita aparte. ¡Pobre Satini!

Doña Gerónima aparte. Si aquí estamos mas tiempo mi vida acaba.

Mari-Zámpalos. ¿Es compañero aquel de Saetin? (*Por Quevedo.*)

Lagarto. ¡Oh! Aquel es otro perillan aun mas malo que este.

Narcisa. ¿Y cómo se llama?

Lagarto á los Soldados. Traedle aquí. Este se llama Quevedo y fué Comandante de la Cívica.

Narcisa. ¡Ah, gran picaron! Ya le conozco. Le ví en Madrid muchas veces ir con tropa á cobrar veinte

reales de una multa impuesta á un pobre Cívico por una leve falta, y venderle todos los muebles de su pobre casa, ultrajar á la familia y llevarse á la suya lo mejor que encontró, sin que los suspiros y llantos de los hijitos enterneciesen su pérfido corazon. Así vivia con fausto, y así alimentaba á las que causaban sus delicias, que eran otras tan bribonas como él.

Quevedo aparte. Esto tenemos los héroes, en todas partes se publican sus hazañas.

Mari-Zámpalos. Y las Maamas, ¿quiénes son?

Lagarto. ¡Oh! Esas tienen mucho mérito. Son las inventoras de las galgas.

Gasparela. Malos galgos hambrientos las destrocen.

Lagarto. Siga la marcha al destino consabido. A Dios muchachas.

Siguen la marcha por la izquierda, pero á la primera voz de Lagarto separan los Soldados, aquel vé el real retrato, se quita el sombrero, le hace reverencia y dirige sus palabras á los que conduce presos.

Haced alto. Aquel es el retrato de nuestro legítimo y amadísimo Rey el Señor D. Fernando VII. Miradle con atencion y respeto, ya que no sea con amor, que en ustedes no se halla, y decid todos conmigo: viva el Rey D. Fernando VII.

Los presos con poca eficacia. Viva el Rey D. Fernando VII.

Lagarto interrumpiéndolos con enfado. Con mas espíritu y vigor deben decirse esas voces de consolacion y alegría; y al que no lo haga así, de dos tajos le echo en tierra las orejas.

Los presos con voces desentonadas. Viva &c.

Lagarto. Empezaron con disgusto y concluyeron rabiando; pero por fin ya llevan este veneno mas en el cuerpo. Abur, abur, (*marchan.*)

Todos. Abur, Señor Lagarto.

Mari-Zámpalos. Continuad vuestro bayle mientras llega el invicto Lord Wellington, nuestro esclarecido defensor, y le cantamos la tonada que le tenemos prevenida. (*Baylan al compás de lo que cantan.*)

Quando los Franceses,
malditos mil veces,
ven en la campaña
al Lord Wellington:

Porque lo celebres,
corren mas que liebres
seguidas de galgos,
llenas de terror.

Unos. Viva quien celebra nuestra victoria.

Otros. Viva, y rabie el que tenga sentimiento por ella.

Todos, Rabie, rabie. (*Marcha de caxas y pitos á lo lejos.*)

Mari-Zámpalos. Esa marcha nos avisa que el gran Lord hace su entrada pública. Corramos á recibirle, á llenarle de bendiciones, y á cantarle nuestra tonada.

ESCENA OCTAVA.

Narcisa sola.

Narcisa. ¡Valgame Dios! Aquellas expresiones que al incomparable Lord Wellington oí, y fueron estas: *yo haré feliz á Narcisa*: ¿cómo las podré entender? Pero esto ¿qué tiene que dudar? ¿Me lo ofreció?... Ya se vé... Pues esto fué querer hacerlo.... ¿Puede? De mil modos.... Pues si puede y

quiere, Narcisa es feliz. Vamos á acreditarlo pues ya llega. (*Se entra corriendo.*)

Al compás de una ruidosa marcha de caxas, pitos é instrumentos de boca, salen primeramente dos filas de á tres acheros cada una. Entre la segunda de estas y la primera de la manga de granaderos que seguirá, irán los músicos de boca, atambores y pitos; entre aquellos Carlin con el suyo, presididos por su Xefe, los que harán su cortesía al Real Retrato, y continúan su marcha pausada, cruzando el teatro hasta ocupar todo su frente formado en filas. Siguen varios oficiales de todas graduaciones, despues el Lord VVellington á caballo, ricamente enjaezado, á su derecha Longa que tendrá el estribo quando desmonte, y á su izquierda Morillo. Luego que entre la aclamacion del Pueblo, que cierra la comitiva, dé una vuelta a la escena, echa pie á tierra y un lacayo saca de ella el caballo. El que se supone Ayudante hace una seña con la espada, cesa el ruido de las caxas y pitos, y dá principio una agradable música marcial, á cuyo compás danzan y cantan todas las mugeres que se habrán presentado con coronas de rosas y con palmas de laurel en las manos.

Quando el valor asistido
de la razon dá batalla,
los prodigios de aquel halla
qué le ponen el laurel.

Los Españoles y aliados
con razon y con válor
se han vengado de un traidor
que no lo volverá a ser.

Alegro.

Viva la España, viva Inglaterra,
Y toda la tierra publique á una voz,
Que en Vitoria á Franceses
Venció Wellington.

Todos. Viva el Lord Wellington, viva.

Wellington. Leales y generosos hijos de esta Ciudad, yo os doy repetidas gracias aun mas que por las honras que me haceis, por la sinceridad del afecto que me mostrais, y sobre todo por la recomendable fidelidad que á vuestro legítimo Soberano manteneis. Ocupe esta siempre el fondo de vuestro corazon. No haya en él objeto mas interesante que Fernando VII, Príncipe, cuya admirable constancia en guardar amistad y pura fé á un aliado pérfido y ambicioso, fué causa de ser por éste infamemente engañado, cautivo y desposeído de su trono; pero ya el cielo nos promete que será á él restituido. Los campos de esta fidelísima é ilustre Ciudad acaban de regarse con sangre de nuestros enemigos. Conseguimos destrozarlos, ganando una victoria que será célebre en la historia. Esta vamos á ofrecer en su retrato á su augusto original. Sí, amables hijos de Vitoria. Sí, generosos guerreros de tres poderosas naciones, aclamémosle diciendo, viva y reyne en España Fernando VII.

Todos los expectadores de la escena lo repiten con eficacia.

Longa. La sensibilidad de mi corazon, Señor Excmo. no puede menos de manifestarse en mis ojos, viendo á V. E., á su magnánima Nacion, y á la generosa Portuguesa tan interesados en defender la justicia y razon de España y de su Rey.

Morillo. De un Rey que debe todas sus desgracias á la firmeza con que sostuvo su fiel alianza con un pér-

sido indigno de ella,

Longa. Pero al paso que puso á nuestro Rey su engaño la cadena, cargado de ésta acreditó á la faz del Universo la integridad y rectitud con que sabia cumplir sus tratados.

Wellington. Y esa misma recomendable exâctitud de Fernando VII, ha cubierto de oprobios y exêcraciones al tirano destructor de los derechos mas sagrados, y harán eternamente abominable su nombre.

Narcisa llegando al lado de Wellington. Señor, tenga yo el honor de cumplir lo que ofrecí, tributando á V. E. las mas agradables y expresivas enhorabuenas por la grandiosa victoria que del comun enemigo há alcanzado el brazo derecho de Marte, que es V. E.

Wellington. Con la mayor gratitud la admito, preciosa niña, y habiendo cumplido tú la tuya, debo cumplir yo mi oferta Hoy dexaré depositados en el Ayuntamiento de esta fidelísima Ciudad dos mil pesos para que te sirvan de dote en el estado que elijas.

Narcisa. Dos millones de Angeles acompañen siempre á V. E. para que con ellos lleve asegura la la total exterminacion de nuestro comun enemigo.

Wellington. Ese sol ya llegó á su ocaso.

Narcisa se retira haciendo una profunda reverencia, y ocupa su lugar Carlin con su caxa, poniéndose de rodillas á los pies del Lord.

Carlin. Señor, y Generalísimo mio, pues este gran dia lo es de gracias, este infeliz tambor suplica que al que le toca que soy yo, le haga V. E. una.

Morillo ayrado. ¿Cómo tienes atrevimiento....

Wellington. Dexadle que me gusta. Levanta. ¿Qué significa que tu tambor quiere que á tí te haga una gracia?

Carlin. Señor, como mi tambor y yo somos tan pequeñitos que apenas se nos vé, un peloton de la mucha gente que acompañó á V. E. hasta aquí, nos derribó y rodamos á porfia. A mí me pisaron, y á él la piel le rompieron. Mi tambor mayor dice que le ponga una nueva, no tengo otra que la que me dió la naturaleza; si esta me la quitan, ¿á quién parecerá bien un tambor como yo desollado? Mande V. E. que me den otra caxa que suene, pero que á mi pellejo no se toque. Si V. E. me hace esta gracia, y el cielo me concede otra, que con toda eficacia le pido, seré el tambor mas afortunado que han conocido los exércitos de muchachos que vamos por esas calles.

Wellington. ¿Y quál es la gracia que al Cielo pides?

Carlin. Que dilate la vida de V. E. para honor de las armas que mande, y para que el tirano autor de la comun desolacion, halle la suya en la espada de V. E.

Wellington. La súplica que me has hecho la tienes lograda, la que diriges al cielo pronto la verás conseguida. Toma (*le dá unas monedas de oro*) Haz que te hagan unos zapatos con el tacon muy alto, y con ellos no parecerás tan pequeño.

Carlin saltando de alegría. Viva nuestro Generalísimo el gran Lord Wellington para que remate al que nos quiso concluir.

Todos. Viva, viva.

Longa. En todo es V. E. singular y admirable.

Wellington Por grande que el hombre sea siempre será chico, sino

favorece á su semejante. Pero ya (*tiros dentro*) dá principio la salva. Entremos en el Ayuntamiento á celebrar este triunfo, ofreciéndole al cautivo Fernando VII, por cuya libertad ofrezco sacrificarme, y ya nuestras tropas valerosas entran por Francia con este solo objeto. (*Tiros.*)

Longa. No tendrémos otro hasta perder nuestras vidas; y en prueba de ello.....

Se descubre, pasa al retrato, pone su rodilla en tierra, le hace una profunda reverencia, se levanta y dice:

Señor, como con leal
amor el serviros trato,
venero á vuestro retrato
como al mismo original.
Y si la suerte fatal
al cautiverio os llevó,
nuestra España ya ofreció
para alivio de sus penas
con vuestras propias cadenas
ligar al que os las causó.

Españoles, vuestro Rey,
el virtuoso Fernando,
tormentos está pasando
por un tirano sin ley.
Vuestra fiel y amable Grey
debe con ansia efectiva,
valor y constancia activa
del cautiverio sacarle
y al tirano destrozarle.
Nuestro gran Rey viva.

Todos con la mayor eficacia y alegría. Viva, viva.

Mari-Zámpalos. Continuémos nuestra marcial cancion, y viva nuestro Fernando VII, el Lord Wellington y nuestra Ciudad de Vitoria.

Todos. Vivan, vivan.

Entre el agradable estruendo de los tiros, de los vivas, de la música y el cántico, se dirige el Lord á las puertas del Ayuntamiento seguido de todos los Oficiales y Pueblo, cae el telon y se dá fin.